

Ana R. Cañil

Masaje para un cabrón



Ana R. Cañil

Masaje para un cabrón




ESPASA

ESPASA © NARRATIVA

Título original: *Masaje para un cabrón*

© Ana Ramírez Cañil, 2015
© Espasa Libros S. L. U., 2015

Diseño de cubierta: María Jesús Gutiérrez
Imagen de cubierta: Shutterstock

Preimpresión: M.T. Color & Diseño, S. L.

Depósito legal: B. 2.871-2015
ISBN: 978-84-670-4398-3

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Impreso en España/Printed in Spain
Impresión: Unigraf, S. L.

Espasa Libros, S. L. U.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

Son las tres y media de la mañana. Estoy en la cocina, sentada en la mesa, y ya me he hecho una taza de café. Descafeinado con agua y un poco de leche. La doctora dice que no tome ningún tipo de cafeína, que pierdo facultades. Dice facultades para no decir nervios, de eso estoy segura.

No tengo miedo, porque oigo al monstruo roncar como un cerdo, durmiendo la curda que trajo anoche. El muy cabrón lo volvió a intentar en cuanto vio que me iba a la cama. Me fui antes de que terminara el capítulo de *Isabel*, mientras él se peleaba con las espinas del chicharro —es barato y siempre tengo la esperanza de que se atragante con alguna—, pero al rato vino tras de mí. Náuseas de su olor, aunque sigue sin empiñarsele, a Dios gracias. Intentó hacérmelo con las manos en plan burro y yo le dejé e incluso fingí con un apretón de piernas como si atinara, pero hace años que no da una. Me volvió a llamar guarra, puta y no sé qué otras gilipolleces, pero logré quitármelo de encima diciéndole que me hacía pis. Me fui al baño, abrí el armario y ver la caja de Trankimazín me dio seguridad; me tomé otro y a la piltra de espaldas al asco. Cuando vea a Cruz esta semana tengo que preguntarle cuál es el mejor plato para disolverle la caja entera y que no lo note en el sabor.

Escribo lo primero que me viene a la cabeza, porque Irene la médico dice que me ayudará. Y también porque hoy recorreré otro camino. No puedo contar más hasta la hora de comer o la noche, tengo que irme para coger el tren desde La Serna, donde está mi casa, hasta Méndez Álvaro y allí el metro hasta la plaza de Castilla. Un viaje largo, para mí tan largo como el empezar una nueva vida. Ese es mi sueño. Después de un calvario de cinco años, tengo un trabajo. Limpiando, pero un trabajo. Voy a dejar el boli, me daré una ducha rápida. Madre mía, qué uñas tan destrozadas tengo... Para lo que han quedado mis manos. Hace tiempo —tan poco y tanto tiempo—, cuando me levantaba con el ánimo como hoy, la rabia me daba una mezcla de desesperanza y de fuerza. Me miraba mis dos manos, finas, dedos largos, uñas y palmas cuidadas, seguras, admirada de las maravillas que eran capaces de hacer con unos simples movimientos: amar, querer, cuidar, transmitir calma y sosiego, energía. Me pasaba las yemas de los dedos por la cara, me apretaba las sienes aún tumbada pero despierta, y era capaz de incorporarme para empezar el día comiéndome el mundo. Todo, todito, todo aquello de lo que disfrutaba lo había logrado yo. Bueno, casi todo. Una parte se añadió cuando conocí a ese otro que aún ronca a mi lado por las noches. Entonces era una persona, aunque siempre fui yo la que más tiraba del carro. Aún puedo ver un rayo de luz naranja, que se colaba por las rendijas de las persianas echadas y el encaje de mis queridos visillos —son de Lagartera—, y que me bastaba para saltar de la cama y ganar estas horas de la madrugada que son mías, solo mías. Solo que ahora doy asco.

No, asco no. Eso es lo que él quiere, que me dé asco. El único que me da asco es él y los que le han arrastrado

a convertirse en muerto viviente. Lo dejo, tengo el café helado y voy a ver si no hago ruido. No quiero despertar a Analidia. Al cabrón, da lo mismo. Sigue roncando.

A las doce del mediodía ya estaba de vuelta en casa. Ha sido todo tan extraño... He cogido el tren con la Juana a las cinco y once clavadas —es el primero que pasa y nuestra estación es La Serna—, y me he quedado de una pieza. A esas horas ya hay gente que se va para Madrid. Pese a los años que llevo viviendo aquí, nunca había tomado el tren de madrugada, y ya traía gente de las dos estaciones anteriores, Humanes y Fuenlabrada. Mi amiga me ha dicho que hace dos o tres años subían muchos más: albañiles, fontaneros, electricistas que no llevaban sus furgonetas de diario a Madrid porque no tenían donde aparcar. Las cuadrillas se iban reuniendo en las paradas más cercanas a Atocha, donde ya agrupados se dirigían a sus destinos de trabajo. Sobre todo, a las urbanizaciones de chalés y bloques dormitorio que han crecido como setas a las afueras de Madrid, en todas las direcciones. Da igual hacia Toledo que a Guadalajara o a Burgos. Ahora son cajas fantasma, con ojos negros sin pestañas y bocas sin pintar que un día iban a haber sido ventanas o puertas.

La Juana es una buena amiga. Ha visto la cara que he puesto con lo de los chalés y ha cambiado de tema. En un susurro me ha señalado a las tres mujeres, jóvenes y viejas —bueno, como yo, rondando los cincuenta—, que llevaban una bolsa de plástico con una bata y unas zapatillas. En una asomaba la tela de color café con leche, igual que la que ella me ha prestado. Son de la misma empresa de limpieza que nosotras, aunque puede que no vayan al mismo sitio.

Hay otras, quizá media docena más, que, según me ha dicho, iban al centro de Madrid también para limpiar oficinas de grandes empresas o de ministerios. Me ha presentado a las tres que deben de tener la bata como la mía. Bueno, han sido ni fu ni fa. Quizá es porque aún iban dormidas. O porque son amigas de la chica a la que yo voy a sustituir y han adivinado mis sentimientos. No lo he contado, me precipito en las ideas. Hoy he empezado a hacer una suplencia de una mujer a la que parece que le han encontrado algo malo en la tripa. Quiera Dios que vaya para largo, y que esa mujer me perdone, no deseo que se muera. Pero, de todas formas, está fija y le van a pagar por la Seguridad Social, según sé, y yo lo necesito.

Tras las presentaciones, todas han vuelto a cerrar los ojos mientras yo no podía dejar de mirar alrededor. Hasta el vagón me parecía diferente. Más nuevo, más moderno, aunque con los asientos ya muy rozados. Y las estaciones. Parque Polvoranca, Leganés, Zarzaquemada. En Polvoranca me he acordado de los años tan malos que pasé cuando mi Tasio iba por allí. Pablo y yo nos asustamos, aunque él nunca ha tenido buena mano con el hijo. Pero creo que eso ya quedó atrás. Cada semana, en cuanto hablo con él por el skype, le miro bien a los ojos, le pido que se acerque a la cámara y no se le nota nada, ni los ojos rojos ni la voz cargada. Parece feliz, quizá solo algo preocupado por mí.

No sé por qué le llamo Pablo al cabrón con el que me casé. O sí. Porque cuando he venido a media mañana —él no tenía ni idea de la hora a la que yo iba a volver el primer día— y he abierto la puerta despacio pensando que mi Ana estaba aún durmiendo, me he quedado sobreco-gida. Estaba sentado en el sofá con la cabeza entre las

rodillas, llorando como un niño. Había sacado el aspirador, el recogedor y el cepillo, y se limpiaba los mocos con el paño del polvo.

Pero ahora no quiero hablar de eso. Tengo que escribir más rápido y no perderme en los detalles, aunque la médica Irene dice que es lo que más importa. Los detalles de mis penas y mis alegrías, ahora que puedo volver a tenerlas. Lo primero que se me venga a la cabeza, que no lo va a leer nadie, solo su amigo el psiquiatra. Pero para mí eso basta. Me gusta escribir. Una vez tuve un diario, con cerradura y todo, que me regaló un amigo de mi padre, un viajante. Yo tenía doce o trece años y lloraba continuamente mientras lo escribía, parece que estoy viendo los borrones de tinta o de lápiz corridos con mis lágrimas. Era muy romántico, me sentía muy desgraciada porque el chico que me gustaba no me miraba nunca... Hay que ver, lo que es la vida.

En fin, debo centrarme y contar mis primeras impresiones del trabajo. Mi primer día de fregona. De limpiadora, que ofende menos. Si no hubiera tenido que cerrar mi salón de belleza, si el cabrón hubiera sabido parar a tiempo con las putas obras de la puta urbanización...

Ya estoy otra vez soltando tacos. Antes no hablaba así, las monjas del colegio me hubieran partido la boca y en el salón de Casilda —Silda para nosotras, mi mejor jefa, la única maestra— solo estaba permitido el lenguaje correcto y en susurros. Tengo que dejarlo. Se ha ido a echar la partida y volverá mamado, pero yo me voy a acercar ahora a La Sirena a tomar un descafeinado. Es el primer día en meses que no he ido con las chicas de la compra a tomar el café. Luego me pasaré por el Dia, a por huevos.

Buenos días, Cuaderno. He decidido llamarte así porque necesito dirigirme a alguien y como no conozco al doctor amigo de la médica Irene, voy a pensar que le llamo Cuaderno. Como los cuadernos azules del colegio, los que se usaban antes de ir al internado de Getafe. Traían escrita la palabra en negro, con una C de pata larga muy grande que, con un poco de suerte, disimulaba la mancha que había dejado el bocata de fuagrás o de sardinas.

Son las tres y media de la mañana otra vez. Ayer me sobró tiempo mientras esperaba a la Juana en la estación y pensaba en lo que había escrito y la aventura que empezaba con lo de ir al nuevo trabajo, y me sentí bien. Muy bien, mierda. Madre de Dios, tengo que dejar de escribir y decir palabrotas. Si las monjas nazarenas de Jesús me oyeran... Bueno, en realidad las digo por culpa de la madre Hortensia, aquella que nos pegaba tanto por hablar mal o llevar el cordón del zapato desatado. Una parte de mi adolescencia consistió en rebelarme contra las monjas y el machismo usando las mismas palabrotas que los tíos, haciéndome un chico. Eso lo comprendí más tarde, al llegar al salón de Silda. Ella me descubrió que los buenos modales eran mucho más agradables que los exabruptos. Además, nos lo imponía el trabajo. Recuerdo que de las primeras cosas que me

espetó, al segundo día de estar allí y cuando se me cayó un frasco al suelo con su correspondiente «¡Hostia!», fue: «¿Qué? ¿Te sientes muy machota y poderosa diciendo esa ordinariez? Aquí será la primera y la última vez, Tasia». Y así fue, aunque algunas de nuestras mejores clientas no se privaban de hablar mal, porque en ellas quedaba muy cercano, muy popular, como si fueran igual que nosotras. Cuántas cosas expresan las palabras, aunque sean sueltas. Ahora debo lavarme la boca con lejía, porque en cuanto me vine aquí y abrí mi propio salón, incorporé a mi vocabulario algunos tacos para ponerme a tono con mis clientas más jóvenes y modernas. Volví atrás recuperando el lenguaje bruto, eso sí, cuando ellas me daban pie y para hacerme la enrollada.

Ya desbarro. Hoy me había propuesto que mientras tomaba el café contaría al Cuaderno quién soy. Me llamo Anastasia, tengo cuarenta y ocho años, estoy casada y tengo dos hijos, Ana y Tasio. Vivo en Fuenlabrada, en una zona muy guapa, la de la urbanización del Naranjo, de lo mejorcito de por aquí. En la avenida de Cantabria número 8, en un chalé adosado precioso. Lo decoré yo. Me encanta aún esta cocina con encimera roja de Silestone —era carísima— que instalé cuando nadie aún por aquí sabía lo que era el Silestone; los muebles son gris claro y mis electrodomésticos iban a haber sido de acero inoxidable, como los de las cocinas de IKEA o las que venían en algunas de mis revistas favoritas para decorar y en las casas de *¡Hola!*, aunque en Fuenlabrada no hay mar ni playas blancas ni palmeras, pero tenemos las piscinas de Pinto, que con la M-50 están a tiro de piedra. Claro que ya ni las puedo pagar.

Pero te hablaba de amueblar casas con gusto y yo no tenía dinero para comprarme las revistas francesas, que eran las que me gustaban. Silda las dejaba en la sala de espera del salón de belleza y yo las devoraba. Me gustan las casas y mi cocina. Si tuviera tiempo y me quedara aquí, vería como el sol sale desde mi ventana, entre la nada y los otros chalés que están a la izquierda. Este es mi territorio, otro lugar que perderé... El cabrón, cuando estaba terminando de elegir los electrodomésticos, ya me dijo que bajara el pistón, que eran muy caras las neveras de acero inoxidable. Preferí comprar el aparador de Tailandia o de China, con esos herrajes y lacado en rojo, tan chulo. Teníamos un amigo medio *jipioso*, que conocí a través de los del Duende Verde —ya ha cerrado, pero allí compré los dormitorios de mis hijos—, que se traía los muebles asiáticos en contenedores, ¡y me hizo tanta ilusión quedarme con el rojo y una cama tailandesa para mesita de centro! Fue a buen precio, porque ya le costó darles salida. Me contó que por más que insistía en que eran de hacía siglos —mencionaba a las dinastías Ming o Chang o Chung, que yo no tengo ni idea—, ya no era posible colocarlos en el barrio de Salamanca, así que decidí que era una oportunidad. Mejor que el frigorífico de acero inoxidable. Fueron unos miles de euros, pero eran muebles de los que veía en las casas del ¡*Hola!* Enormes ventanales y terrazas con mesas tailandesas, tumbonas de teca, un mueble lacado en rojo con dibujos, palmeras, arena blanca y el mar como paisaje de fondo. ¡Qué tiempos! Incluso alguna vez soñé con tener algo así por Murcia. Nunca imaginé el tamaño de lo que nos amenazaba.

Es más, yo seguía mirando en los almacenes de por aquí para decorar las cocinas de los adosados que él

estaba construyendo. Hasta entonces había tenido mucho éxito con los pisos y chalés sueltos que iba arreglando. Comenzó como tantos otros, con chapuzas pequeñas, lo que le dejaba el curre diario en una buena empresa constructora. Como era un manitas, los fines de semana arreglaba pisos de amigos; luego empezó con algún chalé, casitas pequeñas para conocidos. No es por nada, pero los dos teníamos gusto, él a lo tosco, en lo de recuperar el estilo antiguo de las casas de nuestros viejos en los pueblos, porque trabajó ayudando a los curas a restaurar iglesias y eso le dio caché, gusto por lo antiguo con sabor, y distinguía una viga de castaño con siglos detrás de la teñida, un ladrillo árabe de las imitaciones. Yo aprendí mucho de las clientas del salón de belleza. Silda se había hecho con las damas más influyentes y glamurosas de Madrid. Las nuevas ricas y las viejas de apellido, y eso se pega si eres un poco espabilada, que yo siempre lo fui.

Sería por enero del 2009 cuando comenzaron los comentarios sobre que los adosados —*adobados* decía yo como gracia, y ya no tiene ninguna— de la urbanización no se estaban vendiendo tan bien como él había previsto. Es más, hasta muy tarde no me dijo que no había vendido ni uno. No lo pillé, me limité a repetirle lo que le había dicho cuando se puso por su cuenta para terminar de forrarse, según decía él. «Quien mucho abarca... Pablo, que tú eres un buen maestro de obras, pero no un tío para los números», le insistía yo. Se puso bruto con lo de que yo le frenaba, pese a que me había dado de todo: la casa estupenda que tenemos —ahora embargada y de la que nos desahuciarán salvo algún milagro—, el

crédito para montar mi propio salón después de casarnos. Debí tomar nota cuando empezaron aquellos reproches. Se recontaba la historia como le apetecía, porque la de las buenas ideas siempre había sido yo.

A los pocos meses de venirnos aquí comprendí que ir todos los días desde Fuenlabrada hasta Argüelles —donde estaba mi trabajo— era imposible, más si me quedaba embarazada como me pasó. Me costó mucho dejar a Silda después de seis años a su lado. De ella lo aprendí todo, hasta un poco de brujería. Además, yo ganaba un buen sueldo, tenía mis ahorros. En fin, me convenció con lo de que montara mi propio salón en el barrio, que crecía tan rápido. Y sí, me dejó pedir el crédito para comprar el local, pero las letras mensuales las pagábamos igual que el piso, entre lo que ganábamos los dos. Enseguida tuve gente porque instalé buenas cabinas de masaje, buenas camillas y butacas para los cuidados de la cara, los pies, las manos. Soy —o era— una gran esteticista. Me resistía a incluir la peluquería que podían hacer otras muchas en el barrio. Todo lo puse con gusto, con cuidado en los detalles, desde la pintura del local a las salas, las toallas, los olores... Por entonces ya estábamos en la aromaterapia; Silda me había enseñado el poder de los olores, el bienestar que transmiten junto con la limpieza y asistí a un curso de un fin de semana.

Ay, Señor, cómo me enrollo. ¿Qué le importará esto al psiquiatra? Se me va la pinza cuando me pongo a recordar. Bueno, quería decir que he sido esteticista —lo soy aún, siempre lo seré—, y quiero que conste que acabé el bachiller en el Jesús de Nazaret de Getafe. Allí había muchas hijas de huérfanas, pero yo no. Llegué gracias a

una beca que me gané porque era lista y mi madre más. A través de un viajante, amigo de mis padres, un tipo que llevaba un coche lleno de colas de bacalao saladas y tías para repartir por las tiendas de la sierra y por los colegios, y a quien le encantaba mi madre, nos contó cómo pedir una beca a las monjas nazarenas. Mis padres siempre hablaban de mis notas. La maestra, doña América —me gustaban ella y su nombre, era muy guapa—, decía a mi padres que yo era lista, pese a lo traviesa. Pero de esto hace tantos años...

Me hice esteticista de verdad estudiando tres años en una academia de la calle Goya de Madrid. Allí un día apareció Silda, una bruja gallega de manos hechiceras. Cuando se sentó en mi silla y dijo: «Hazme la cara, lo que sepas o lo que se te ocurra», yo no tenía ni idea de que aquella mujer iba a cambiar mi vida. Otras tres compañeras le habían hecho ya lo mismo. ¡Qué tía! Luego supe que hacía no mucho que había regresado de París, donde trabajaba ni más ni menos que en los salones de las hermanas Carita. Allí había conseguido prestigio justo por las habilidades de sus manos. Morena, menuda, atractiva y con estilo —pelo negro muy a lo *garçon* y ojos azules—, las francesas la explotaron a lo bestia durante más de una década, cuando ser una española currante en aquel ambiente tenía lo suyo. Pero ella se convirtió en la mejor esponja que pasó por los míticos salones de La Maison de Beauté. Les copió desde su estilo hasta sus trucos. Supo salvaguardar su dulce acento gallego y la seducción que ejercían sus manos sobre las clientas. Lo comprobé en más de una ocasión, años después, cuando desde la embajada francesa en Madrid nos llegaban damas recomendadas desde el Carita de la rue Faubourg Saint-Honoré. En fin, ya contaré más de

esa vida de mi jefa. Siempre nos gustaba escucharla, porque todo lo que venía de París nos transportaba a vidas elegantes, sonidos de frufrú en los vestidos de seda, guantes que se deslizan por manos alargadas... Yo pensaba que Audrey Hepburn y Jackie Kennedy eran francesas. En fin... La jefa me aclaró que solo Jackie tenía mitad de francesa.

Madre mía, cómo pasa el tiempo con esto de escribir y qué lío me monto con los recuerdos. Hoy no me ducho, que ayer lo hice y luego sudé mucho limpiando las habitaciones del hotel. Cuando volví a casa tan contenta, creo que me entristeció verle a él tirado, sucio y llorando, y el olor a sobaco que yo desprendía al levantar el brazo para recoger la mesa. La suciedad me recuerda a lo asqueroso, que no a lo pobre. Si la pobreza es limpia, huele a lejía, a jabón Lagarto, a estropajo de esparto, que era a lo que olían los zaguanes de mi pueblo cuando volvíamos en verano.

No me queda mucho tiempo, pero luego te contaré por qué me llamo Anastasia y cómo se me ocurrió poner a mis hijos, cuando aún tenía buen humor, Ana y Tasio. ¿Lo pillas?, que diría mi Ana. Partí el nombre en dos, aunque no sé si esto le interesará mucho al doctor. En honor a la verdad, tendría que contarle que a mi hija a lo de Ana le añadí Lidia, que era como quería llamarla mi suegra, es decir, que en parte cedí ante ella por evitar bronca, pero, claro, la niña se quedó con Ana a secas para todos, que Analidia es muy largo. Quizá eso tenga algún significado, que con los psiquiatras nunca se sabe.

Llevo todo el rato escribiéndote, Cuaderno, y no te he contado nada de cómo fue el viaje en tren de ayer. De

la cara del hombre que me presentó la Juana a la vuelta y de lo alucinada que me quedé cuando llegué a mi nuevo trabajo, el hotel EuroMadrid Castle. Me cogí la tarjeta para poderlo escribir hoy aquí bien, que sé que los nombres extranjeros mal escritos son de paletas, de poca cultura. Tiene cinco estrellas y lo han abierto en las torres más lujosas que he visto en mi vida, cerca de la plaza de Castilla, en Madrid.

Cuaderno, me tengo que ir. Me fogueo los bajos con la ducha de mano y me lavo los dientes. Pero hoy me voy a pintar un poco y a peinar mejor. El tío de ayer iba muy limpito.